

DE CUERPO PRESENTE

Brevísimo introito (pero casto; de puntita nada más) al cuerpo en su más reciente y particular expresión artística

[Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?” Éste contestó: “Te oí andar por le jardín y tuve miedo y me escondí, porque estoy desnudo” Él replicó: “¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo?”...]

Génesis 3-9

O de cómo el primer conocimiento de Adán, al descubrir su condición humana tras romper el diablo el mundo, es el de su cuerpo.

Y de cómo Dios, que olvida que el que todo lo ve carece de juicio, lo descubrió.

Mal cuerpo (así se le queda a uno)

El sensual y el erótico, el organismo y el que besa, el que va y hace de mí, yo, el que manda y el que se somete, el que aprisiona el alma y siempre está preso de ella, el clínico y el cosmético y aquel que soy yo pero al que el yo no le deja más que ser de mí.

Traer de cabeza (o ir de culo)

“¿Has dicho cuerpo, hijo?”

A nadie se le escapa (y a todos se nos escapa) el pensarse cuerpo. Demasiado cerca para enfocar pero no lo suficiente como para no verlo. Ni siquiera en la condición ontológica de existencia puede el cuerpo quebrar la dependencia gnoseológica del sujeto. Su siniestra ambigüedad de estar, lo supo Merleau-Ponty, a medio camino entre la existencia como conciencia sujeto y la existencia como cosa objeto, hace que por más que uno se quiera cuerpo, sólo pueda decir “yo soy mi cuerpo”. ¿De quién? De mí (y de yo y también de soy). Subsidiario, al menos nominalmente, de un mí externo a él y que sin embargo está en mi yo de él. Dependiente de un mí con el que debe relacionarse, crear vínculos de dominancia o sumisión, limitar o amplificar... obligado a negociar. Esa es la primera fractura; la cognitiva, la imposibilidad de pensar el cuerpo como logos por escisión con lo que habla. La aplicación del principio gnoseológico de que “lo que es diferenciable, es distinto” y su caída en lo circunstancial a la sustancialidad pensante.

Es el corte traumático; en la alegoría platónica de Aristófanes los cuerpos esféricos, andróginos, son seccionados (“sexuados”) por los viejos dioses (Zeus o Yahvé) que los temen, pero bien pudiera referirse un nuevo cómico a la extirpación no de dos sujetos sino del cuerpo con el sujeto, y que tendería desde entonces, apasionadamente, eróticamente, a unirse éste, el sujeto a aquel, cuerpo (sujeto al sujeto) La media naranja es mi cuerpo, no el cuerpo del otro. Tras el hachazo, la casquería; el cuerpo es puesto en el lado de lo mudo, del fenómeno, del mundo exterior, de la materia, de lo “extenso”, de lo que duele y goza, pero ni tiene conciencia de gozo o dolor ni sabe darles nombres, ni tan siquiera, al que le pone nombre. El cuerpo, mi cuerpo, el del “corporeante” que escribe, es así una patada en la boca del “pensarse”.

Un cuerpo al que, así las cosas (el cuerpo no piensa lo pensante, pero actúa pensando con la efectividad lógica de un cuerpo animal que prioriza partes y coordina el conjunto), ni el lenguaje le permite hablar ni le permite decir por mí, pero que habla, tozudamente en mí. *“El cuerpo no dice yo, pero hace yo”*, apuntaba el picapedrero Nietzsche, preso su cuerpo de su alma.

“¿Has dicho ahora alma, hijo?” Esa, madre, es la segunda fractura.

Entre pecho y espalda (o tener dos dedos de frente)

Sea lo que sea lo que trajo el alma al mundo, lo cierto es que algo se necesitaba para no ser cuerpo. Así, pudiera suceder que la aportación globalizadora del concepto de alma se deba no tanto a la voluntad “descarnada” de un pensamiento dualista gnóstico, eremítico y platónico sino a la dificultad que tuvo esa comprensión para hacer conciencia de mi cuerpo. Y después, para condenarlo. Es, la escisión espíritu/corpóreo, y como bien señaló Danto, un “exceso” de fragmentación similar a lo que sucedió entre lo orgánico y lo inorgánico (que se dinamitó con el descubrimiento del origen inorgánico de la urea); una división ideológica que acababa dificultando la comprensión de lo uno y de lo otro, es decir, de la vida.

Las categorías de entendimiento del sujeto almado (“corpore insepulto”), fracturan el cuerpo en cuerpos culpables; el uno que distrae al “yo sin cuerpo” de la verdad y el otro que babea frente a las posaderas de otro “cuerpo sin yo”. Así, nos ofrece a nuestro juicio condenatorio, el cuerpo sensual, aquel dotado de sentidos que nos lleva a engaños, a espejismos de entendimiento, el enemigo de la verdad por su afición al vino y a lo fenoménico, el de la tierra y el sol y el del sol que orbita y la tierra plana (“¿Te has fijado en que la tierra es plana, hijo?”) Y junto al cuerpo sensual, el cuerpo erótico, el de la “erotika”, el cuerpo marco existencial en el que el sujeto sexuado, existe, establece correlatos deseantes con otros cuerpos, coloniza nuevos territorios en los que ser más él, gratificado y creciendo, el cuerpo armado con estilete o cerradura, el que ama y goza amando, porque en el goce el cuerpo se encuentra con él. Y es el alma quien fractura el cuerpo en cuerpos sensuales y eróticos que deben ser sometidos (cosa más del diablo, esta de dividir, que es, por etimología, el que fractura, el que crea y confronta divisiones donde no las hay, el que calumnia después de haber creado elementos de calumnias), por eso, tal vez, el juicio del cuerpo sea el juicio de Dios y quizá, por eso el loco Artaud, intenta ponerle bellísimo y delicado fin a este juicio metafísico cuando proclama: *“Là ou ça sent la merde ça sent l'être”*. El ser, el platónico, el kantiano y el hegeliano, encuentra su divina comunión con el cuerpo en lo fecal. Ser no es pensar que se es, o crear ser o existir como estar; ser es cagar, comulgar cuerpo de Cristo y Espíritu Santo y

cagarlo...nuestro sentido, nuestra esencia y nuestra escatología serían escatológicas. “Estar pedo”, dirán algunos.

No mover un músculo (para no hacer un mal gesto)

Si nosotros diferenciamos el pescado del pescado que no está pescado (el pez) y lo franceses no, pero sí la carne de la carne para ser comida (“chair” y “viande”) los alemanes distinguen, Husserl hizo especial hincapié en ello, el cuerpo físico (“Körper”) del cuerpo vivido, de aquel que hace la experiencia de existir con nosotros (“Leib”) Otra fractura (y ya van tres, madre) para catalogar más cuerpos dentro de mi cuerpo. Otro corte para dificultar pensar lo único...y mientras más trozo de pastel, más bocas que alimentar y más lejos nos queda la repostería.

Así, el cuerpo, con relación a sí mismo, establece la diferenciación entre el organismo, estructura mecánica que se organiza, y el cuerpo vital, estructura existencial que toca, tropieza y besa. Asunto el primero de la clínica y de la curación, tarea el segundo de la estética y la cosmética. Y entre uno y otro, lo que va del músculo al gesto, de lo homínido a lo humano. Si el organismo es obsceno (pues nunca debe ser desvelado salvo para el clínico que participa de su siniestralidad) el otro es exhibición (inútil ocultarlo, pues su ocultación es mi desaparición)

Cerraba Woody Allen una película con un diálogo, más o menos literal, en el que un marido celoso de los devaneos de su mujer con otro, intentaba ningunearle a ese otro: “...Porque si a John le quitas la peluca, las alzas, el moreno de rayos uva y su blanca ortodoncia, ¿Qué te queda, eh?, ¿Qué te queda?...” A lo que su pareja respondía con un lacónico y meditado: “¿Tú?”.

En el cuerpo estético, el de las cicatrices y los implantes, y no en el organismo (cualquier derivación orgánica que afecte al cuerpo existencial es ya cuerpo existencial) es donde se da la construcción que de mí construye el otro. Es el cuerpo forma, el fenómeno (sin él seríamos fantasmas, aterradora representación fantástica sin forma) Y es el cuerpo ética, cuerpo comportamiento, el que intenta que la construcción pública y privada de mí sea la que mi yo quiere; el cuerpo oído en la plaza, el que intenta hablar de mí y por mí sin abrir la boca pero haciendo de mí obra pública. Y por ser público, vivido y humano es, profundamente cultural. Sobre él, sobre el cuerpo vividor, es donde opera la conformación moral y biopolítica de la identidad. Es un cuerpo estético y plástico, cuya plasticidad no está en los flujos de información “natural” (que sólo lo hacen desarrollar como materia corporal) sino en los flujos de información “cultural”, aquellos que da la vida (que no es más que la asociación -la polis- con el resto de identidades cuerpo vividoras). Así, el cuerpo estético es siempre un cuerpo político, que a diferencia del orgánico (que debe ser “descosido” para ser comprendido) debe ser excéntrico para ser.

Meter la pata (para intentar salir con buen pie)

Hablamos, entonces, del cuerpo como un ornitólogo habla de un pato (mientras el pato, que nada sabe de ornitología, es pato) Y olvidamos, quizá, que un ornitólogo más que hablar sobre aves habla sobre ornitología, y más aún que sobre ornitología sobre lo que de verdad habla es sobre él (todo discurso, no sólo las cartas de amor, son siempre autoreferenciales) Por tanto, al hablar del cuerpo de lo que verdaderamente estamos hablando es de nosotros mismos, y la tragedia está situada en que ese “nosotros mismos” es incorpóreo, no incluye mi cuerpo;

volamos, comemos lombrices, nos aterran los cazadores y nos bañamos en charcas, pero seguimos sin conseguir ser patos.

El pensamiento filosófico occidental ha intentado, ya se habrá dicho aquí con mucha más autoridad, recoser la fractura primera (a saber, la del “logos” sin patas que sólo reposa en el “logos”) y denunciarlo (Sartre fue un ejemplo, aquí también, de denuncia al reprocharle al gran aporte metafísico del siglo XX, “Ser y Tiempo”, el que dinamitando la confrontación sujeto/objeto, olvidara el cuerpo. Heidegger, de pronto, no supo qué decir) El ser, más que el estar filosófico, ha intentado, reconquistar el propio cuerpo, ser carne vivida, tratar el habitar el mundo como bestias corporales que se piensan, la unidad de un cuerpo presente que crea presente, el cuerpo contento de existir en su pura y animal presencia.

... El cuerpo como “gran razón” y la destrucción del fundamento en Nietzsche, el creyente en los dioses que danzan (con sus cuerpos), la “encarnación” y “el cuerpo encarnado” de Merleau-Ponty, la fenomenología, el “logos sentiente” de Zubiri, Ortega, “el rizoma” de Deleuze...cuadros magistrales en una exposición antológica con el derecho de admisión reservado y aforo limitado. “¿Has dicho cuadros, hijo?”. Sí, eso he dicho, madre.

Una mano de pintura (pues en boca cerrada no entran moscas)

El artista que pidió que se le extrajera el ojo derecho, manteniendo intacto el nervio óptico, para observarse el rostro, el ojo que se mira, la norteamericana Barbara Kruger, “Your body is a battleground”, el cuerpo/boca de Inocencio X en la mano zarpa de Bacon, el Accionismo Vienés que hizo sangre, mucha sangre, los rastros de orina en la nieve de Helen Chadwick (“Flores de orina”), Klein y su cuerpo brocha, siempre azul, el cuerpo que se mueve y pinta de Pollock, el robot cuerpo de Stelarc, el libro que salva el cuerpo, parcialmente quemado, en Dennis Oppenheim, el travestismo en Rose Selavy de Marcel Duchamp, su “Étant donnés ... cuadros magistrales en una exposición antológica con el derecho de admisión reservado y aforo limitado.

¿Intentos de explicar qué es el cuerpo? No, intentos de explicar qué es el arte.

El cuerpo ha sido siempre el gran instrumento de esa biografía de una pregunta a la que llamamos “el arte” y especialmente desde que se inició, con aquello llamado “vanguardias históricas”, aquello otro llamado “modernidad”. Desde ese momento el arte se ocupa del cuerpo, no para representarlo ni mostrar su expresión ni para comprenderlo, sino para hacer de la pregunta del arte, arte. Es un útil, una representación, reflexión, expresión, no del propio cuerpo sino del propio arte.

Pregunta clásica de los viejos griegos “¿Qué es lo bello?”, respondida con las proporciones del cuerpo; del cánón de Policleteo al de Lísipo, la reflexión que va del cuerpo estático (antes en Egipto y en el periodo arcaico) al cuerpo de la euritmia; al que tiene que ser bello en movimiento (pues el cuerpo se mueve)... Vitrubio retomado en el Renacimiento cuando la pregunta ya era otra. Luego, en el medioevo, la pregunta cambia y se postula; “¿Cómo es Dios?” El cuerpo vuelve a emerger, el cuerpo carnal desgarrado y torturado de los claustros (el horror de ser cuerpo y cuerpo condenado), el simbolismo incorpóreo de Dios en los ábsides, su cuerpo de luz en los vitrales de las catedrales, el cuerpo, estable, mayestático, presidencial, de Dios encarnado (Cristo), el Pantocrátor y su gesto, siempre igual a él mismo...hasta que, sin abandonar respuestas, cae sobre la conciencia artística el desafío que siempre pregunta: “¿Cómo podemos imitar la obra de Dios?” centrándose, poco a poco, en “¿Qué es el

hombre?”. De Cimabue a Goya, pasando por la innovación de la perspectiva (Massacio, Piero de la Francesca, Leon Battista Alberti...) que hace que se diluya la doble escala platónica (pero no la ficción engañosa); la mimesis. El cuerpo representado es cada vez más parecido al cuerpo sensualidad (Boticelli), al cuerpo gracia (Rafael), al cuerpo músculo (Miguel Ángel), al cuerpo enigma (Leonardo) al cuerpo erótico (Bronzino), al cuerpo pliegue (Bernini), al cuerpo claro y oscuro (Caravaggio), al cuerpo carne (Rembrandt), al cuerpo trágico (Goya)...

Y entonces sucede. El arte olvidado por la ciudadanía, Dios y el comercio, abandona el circunloquio y mira, de frente, al arte. No más hacer del arte la expresión/justificación del arte sino hacer del arte la respuesta a lo que es el arte. Y la modernidad trae una nueva pregunta (o la pregunta trae la modernidad): “¿Qué es el arte?” (y, por derivación, “¿Qué es un artista?”) Y nuevamente el cuerpo se emplea, y nuevamente no se olvidan las respuestas (aunque sea para negarlas). El arte se ensimisma, se hace excéntrico, se excede, se sale de su parcela y busca, como los niños que lo tocan todo, dónde está su límite, para así saber donde está su adentro. En las décadas que ocupó esta pregunta, la plástica flirtea con el concepto, con el teatro, con la música, con la tecnología, con el movimiento...rezando para que le digan, “Oye, guapo, hasta aquí hemos llegado”, para decirse “soy”, éste es mi cuerpo, yo lo habito a él y él me construye a mí.

Es entonces, cuando el cuerpo se expone, habitado, desde la bendita sinrazón (decapitado), hace el payaso, el animal, ulula poemas que son más alaridos del cuerpo que palabras del espíritu. Es la revolución (con todas las letras) de Dadá y su intelectualización surrealista. Aparece el objeto cuerpo encontrado, emerge un yo subconsciente, al que acaba de dársele nombre, que se manifiesta como un cuerpo y no como una mente, un cuerpo que delira y se masturba (Dalí), que se enamora locamente y sueña locamente (Breton), un cuerpo que antes ha sido movimiento (Muybridge), fragmentos aglutinado (cubismo), primitivismo (Modigliani) y desgarró (Soutine), un cuerpo expresión de la locura en círculo (Van Gogh)...

Luego, en la década de los cincuenta, existencia (¿os suena verdad?) Existencia informe, abstracta (el cuerpo sin cuerpo del “informalismo”), a medio camino, como dijo Sartre de los cuerpos de Giacometti, entre el ser y la nada. Grotescamente vivo (Fautrier, Wols) o decisivamente loco (“Art autre”) Suceso pictórico sobre el lienzo (la “pintura de acción”) y acción pura sucediendo (“happenings”)

Cuerpo que sale, después, a lo social y a lo abyecto (lo que arroja el cuerpo) del propio cuerpo, para cuestionar su valor mercantil (las latas de mierda de Manzoni) o la propia interioridad corporal (lo que le sale del coño a, por ejemplo, Schneemann) o la sangre, trasgresión corporal del sacrificio, de, por ejemplo, Nitsch o Günter Brus. Y ya, más recientemente, el cuerpo social; el cuerpo arte género, la reivindicación de los cuerpos minoritarios, la revuelta hecha arte y el arte (que sigue intentando explicarse a sí mismo) hecho revuelta.

“Revuelto me tienes a mí el estómago, hijo”.

Y revuelto es el fruto de tu vientre, pues el cuerpo del siglo XX ha sido, además de bellamente convulso, inmoral. Inmoral, en cuanto era cuerpo público, cultural, susceptible de ser sometido a costumbre, amoral en cuanto actuaba como cuerpo y no como artista, pues si su naturaleza es “natural”, inútil sería confrontarlo al valor cultural de la moral (la vieja disputa ejemplificativa en Hobbes y Locke entre el hombre como animal competitivo o cooperativo, también queda en nada frente al cuerpo, pues el bien y el mal son valores de cultura que no pueden adjetivar lo natural...¿es un lobo bueno o malo?... Será según el cuento, pues el lobo sólo es)

Esa es la segunda tarea del arte, después de hacer del motivo del arte, arte; subvertir lo perverso. Tarea que muchas veces quedó más en espectáculo que en exposición, pues no se puede subvertir a quien no te sigue ni invertir a un inverso. Así, por más que haya querido demostrar “lo que puede un cuerpo”, no supo explicar tampoco lo que pinta un cuerpo.

El cuerpo, también en el arte, queda solo como cuerpo presente.

Mirarse el ombligo (yo mi me conmigo)

Es una máxima de los que nos vemos sometidos con frecuencia al “¿qué pintas?”; no le preguntes a un cuerpo por qué anda o se tropezará (lo lógico del sujeto no explicará la lógica del cuerpo, pero al revés tampoco) Es por ello que firmé ante notario, tiempo atrás, el certificado de que si pudiera decir lo que hago, lo diría y no lo haría. Y es por eso que en ocasiones hago algo sin decir y en ocasiones digo lo que no hago.

Mientras, el cuerpo, de tanto enredarse a mis pies, llegó al acuerdo de incumplir un acuerdo conmigo: si hablamos los dos a la vez, no nos entendemos.

Yo también te quiero, madre.

Jorge de los Santos